(Conferencia inaugural del Coloquio Internacional de la A.E.P.E., Alicante, Agosto, 1973)

LA REALIDAD EN GABRIEL MIRÓ, MIGUEL HERNÁNDEZ Y JOSÉ MARTÍNEZ RUIZ

Por VICENTE RAMOS
(Director de la Biblioteca "Gabriel Miró", de Alicante)

(RESUMEN)

Común a todo artista es el profundo, irresistible deseo, insatisfecho siempre, de superar todas las antinomias, divisiones, oposiciones, particularidades, etc., que se le prestan en algún plano de la objetividad o de la subjetividad.

Partiendo del dualismo primario —yo y no yo—, el artista sufre la tentación y el peligro de caer en una de las dos vertientes deformadoras, atracción que sólo puede evitar con el dificilísimo logro de una síntesis esencialmente definitoria de lo real.

El término "real" es de suyo enigmático y equívoco, pues encubre, en su doble onticidad semántica y metafísica, lo verdadero y lo bello, trascendentales ambos.

Mas, ¿cómo, por qué senda, el artista —el escritor, en nuestro caso— puede alcanzar o intentar desvelar esa lejana meta, morada de los trascendentales?

Aquí y ahora y para evitar enfrascarnos en largas disquisiciones, vamos a aceptar, por comodidad metodológica —también por su rigor— la doctrina de nuestro filósofo José Ortega y Gasset, desarrollada en el tomo quinto de *El Espectador,* en cuyas páginas, distingue los conceptos *Vitalidad, Alma* y *Espíritu,* tesis que se adecúa con nuestro proyecto de fijar las vías estético-filosóficas —distintas en su alfa; idénticas en su omega— de los tres grandes escritores alicantinos, objetos formales del Coloquio.

Por *Vitalidad* entiende Ortega el "alma corporal", algo así "como una savia animadora (que) asciende a las cumbres de nuestro ser".

Tal punto de partida corresponde, dentro de la morfología cultural de la historia, al pueblo griego, "que vive —así enseña Ortega— desde su cuerpo, y, sin pasar por el alma, asciende hacia el espíritu (...)

BOLETÍN AEPE Nº 9. Vicente RAMOS. La realidad en Gabriel Miró, Miguel Hernández y José Martínez Ruiz
Centro Virtual Cervantes

El término más significativo de esta antropología y, como veremos, de la Naturaleza toda, es el de *plasticidad* de base sensitiva.

No cabe la menor duda que el escritor alicantino más conforme con tal idea de *Vitalidad* es Gabriel Miró, cuyo despierto, avizorante y estético sensualismo fue, en verdad, "el centro sensible de un ruedo inmenso de creación" (G. Miró, *Obras Completas,* 362).

Glosa con gran acierto Jorge Guillén (*Lenguaje y Poesía.* Madrid. Revista de Occidente, 1962; pág. 197) que, en Miró, es "enorme tal capacidad de sensación. La vista, el oido, el gusto, el olfato, el tacto operan sin cesar, y a menudo se enlazan sus funciones". Pero fue el propio gran escritor de Alicante quien corrigió a Benjamín Jarnés, autodefiniéndose como "sensibilidad" y no como "inteligencia". (En "La Gaceta Literaria". Madrid, 15, enero, 1927).

En otro lugar, enhebré meditaciones acerca de la fuerte raigambre sensualista mironiana, fundada en especialísima predisposición somática, como así se colige de aquel pasaje de *Las cerezas del cementerio,* en el que Félix capta "muy delgadamente los rumores, la quietud, la calor, la sensación de todo cuanto le cercaba y veía; y su cuerpo estaba tan sutilizado, tan leve, que perdía el sentirse a sí mismo", pues "sentíase atraído y embebido por todo, como si todo estuviese sediento y fuese él gota de lluvia". (O.C., 417 y 419).

Consigue aquí nuestro gran prosista poner de relieve la peculiarísima energía comunicativa de la sensación. Quiero decir que, entre sujeto y objeto, se establece, a través de las especies sensibles, una maravillosa y cuasi infinita comunión, en cuyo cauce es inútil intentar separar funciones, ya que se opera, dicho con palabras de Merleau-Ponty, una "comunicación vital con el mundo, que nos lo presenta como lugar familiar de nuestra vida". *(Fenomenología de la percepción.* México. Fondo de Cultura Económica, 1957; pág. 56)

El isomorfismo está patente en muchas páginas mironianas. Así, en *La novela de mi amigo:* "Mi temperamento es un caso prodigioso de fatalidad en el reflejo o absorción de todo. Por mí nada pasa y resbala: sensaciones, visiones, ideas, leyes hereditarias... son fuertes ácidos que muerden en lo más hondo de mí, dejándome su marca... Veo así como dicen que Dios contempla lo pasado, lo presente y lo futuro, en un presente continuado".

(Retengamos la contemplación en "presente continuado", clave en las estéticas de los tres escritores de esta provincia).

Este fenómeno, llamado por Azorín "voracidad por las cosas" (O.C., VI, 1007), no es otro que un vasto amor hacia la vida en su más raigal y biológico sentido. Pero no debemos dejarnos llevar por la fácil corriente naturalista.

Lo real que persigue Miró está más alla. "Ni una realidad sólo materia –escribe Casalduero (*Estudios de literatura española.* Madrid. Gredos, 1962; cap. "Gabriel Miró y el Cubismo")– ni tampoco la realidad espiritualizada del Espiritualismo, ni una realidad naturalista o simbólicamente poetizada como en el Impresionismo. Es una realidad alumbrada por esa capacidad de Infinito que el hombre siente no dentro de sí, sino cerca de sí. Es una realidad sustantiva".

Este nuevo plano de lo real, tan equidistante del Naturalismo como del Espiritualismo, lo hemos definido antes de ahora con el vocablo Sigüencismo –de invención mironiana–.

BOLETÍN AEPE Nº 9. Vicente RAMOS. La realidad en Gabriel Miró, Miguel Hernández y José Martínez Ruiz

Centro Virtual Cervantes

Y hemos escrito que el Sigüencismo "es una profunda proyección estético-afectiva hacia el ser (...), que reside en una personalísima mirada y forma expresiva de la realidad objetiva (...) Es una a modo de unión hipostática por vía de amor entre el hombre y la tierra".

Atendiendo a tal hondo "asimiento con lo creado", Azorín pudo afirmar que "por primera vez en la historia de una literatura, la española, por primera vez, oidlo bien, las cosas alcanzan en el arte su máxima vitalidad, su máxima plenitud". (O.C., VI, 1007).

El paso de lo fenoménico a lo trascendental, de lo vario a lo uno, se verifica en lo íntimo del tiempo con intrínseca virtualidad de pararse pasajera o definitivamente. Si lo primero, nos hallamos ante el "tiempo dormido" o "humo dormido"; si lo segundo, ante la "eternidad".

De la paralización de lo temporal, de lo plástico sensible, derívase el concepto de lo eterno: "Asiste Sigüenza –dice Miró– a una pura emoción de eternidad del campo". (O.C. 1161) Y, en *Años y Leguas,* la sensación de eternidad encarna en doña Elisa, cuya mirada llega "desde su retiro del tiempo".

Así, pues, transformada la sensación –instante– en el "presente continuado", el proceso culmina con la desaparición del dualismo materia-espíritu. Afirmamos categóricamente que, en el pensamiento mironiano, toda naturaleza material es de suyo espiritual y viceversa, lógica consecuencia de su posición hilozoista.

Volvamos a la tipología psíquica orteguiana para adentrarnos por la zona del *Alma,* "donde todo es fluido, manar prolongado, corriente atmosférica".

De la tricotomía yoísta orteguiana, el *ego* del *Alma*, por su influencia y movilidad, es pensado "a la manera de un volumen euclidiano con sus tres dimensiones", o también a guisa metafórica de "ciudadela" o prisión. Y se pregunta el insigne autor de *Ideas y Creencias:* "¿No es el alma –en el sentido que aquí doy al término– el auténtico pecado original de que habla el Cristianismo? ". Semeja como si el Alma hubiera sido sustraida "de modo fraudulento a la inmensa publicidad de natura y espíritu. Quedé así condenado, como Ugolino, a pesar eternamente sobre su presa, que es él mismo, y morderle sin descanso la cerviz".

Descrita la zona, el filósofo señala su correlato histórico con el medievalismo o giticismo, del que es su perfecto símbolo. "La estatua gótica –nos enseña– manifiesta en forma extremada este imperio del alma". Aquí y en oposición a la estatuaria griega, todo forma, "no vemos el mármol o la madera de la talla, ni, por otra parte, vemos la forma como tal (...) En vez de todo esto, vemos solo una *figura expresiva.* De donde el Alma se espejea en el Expresionismo.

Lógicamente colegible es el nombre del escritor que vamos a situar en la zona del Alma o yo efectivo: Miguel Hernández, el gran poeta de Orihuela, "español por los cuatro costados del toro" –con palabras de Miguel Angel Asturias.

Miguel, de suyo, fue permanente desgarradura espiritual, un río de sangre ardiente, fecundando las más hermosas creaciones líricas.

Toda la poesía hernandiana es esencialmente autobiografía, camino, si breve, in-

BOLETÍN AEPE Nº 9. Vicente RAMOS. La realidad en Gabriel Miró, Miguel Hernández y José Martínez Ruiz
Centro Virtual Cervantes

tensísimo que conduce hacia el autodesvelamiento de lo que Puccini ha denominado "centro emotivo existencial auténtico". (*Miguel Hernández. Vida y Poesía.* Buenos Aires. Losada 1970; pág. 51).

La carga tremendamente pasional que aflora en la obra de Hernández la puso de relieve el mismo poeta al frente de su *Teatro de Guerra,* donde leemos: "En mi poesía, en mi teatro, expongo las luchas de mis pasiones, que reflejan las de los demás, y siempre procuro que venza el entendimiento puro de las mismas".

Su vida como su poesía —de la que es carne y espejo— evidencian un trágico signo fatalista.

La amenaza indeclinable del "carnívoro cuchillo" se alía a un fuerte, asfixiante sentimiento de prisión, oscuridad y muerte temprana: "Yo veo tu cuerpo perseguido por las cadenas", anuncia en cierta ocasión (O.C., 636) y, en otra, afirma:

"Me ofende el tiempo, no me da la vida
al paladar ni un breve refrigerio
de afectuosa miel bien concedida
y hasta el amor me sabe a cementerio." (O.C., 246)

Autoperseguido por la creciente, densa noche de su vida, inquiría:

"¿A dónde iré que no vaya
mi perdición a buscar? " (O.C., 213)

Todo —hasta el mismo amor— es sombra y duelo para nuestro poeta (O.C., 228).El tiempo se le presenta como un combate, perdido de antemano:

"Como el toro he nacido para el luto
y el dolor, como el toro estoy marcado
por un hierro infernal en el costado." (O.C., 226)

Vivir en agonía; herida sin posible cicatriz; sangrante senda, edificada en la pena metafísica, a cuya luz descubrimos ese secreto de la vida que llamamos muerte.

El orbe del Alma se transforma, según vemos y dijo Ortega, en mazmorra. Cada paso es una frustración. Y el determinismo psíquico se enlaza al social:

"¿Qué hice para que pusieran
a mi vida tanta cárcel? " (O.C., 400)

La angustia de la pregunta halla la sola respuesta en la autoconciencia de ser tiempo herido y prisionero (O.C., 364).

He aquí el dualismo que desordena profundamente su alma: la vida suya, cerrada, y encarcelada por la ajena o por el sino. De aquí que el no-yo se alce como un zarpazo que hace inútil cualquier defensa.

Junto al signo tan fatal como confuso del alma y de la sangre, se agita no menos poderosamente el anhelo de superar la agónica antinomia, vía de lo trascendental que amanece primeramente como tierra y barro:

BOLETÍN AEPE Nº 9. Vicente RAMOS. La realidad en Gabriel Miró, Miguel Hernández y José Martínez Ruiz
Centro Virtual Cervantes

"Me siento traspasado por la humedad del suelo
que habrá de sujetarme para siempre a la sombra,
para siempre a la lluvia." (O.C., 415-416)

Lo telúrico se le impone no sólo como "cimiento", sino como destino último, donde se resuelven todas las contradicciones:

"Decir madre es decir tierra que me ha parido;
es decir a los muertos: hermanos, levantarse;
es sentir en la boca y escuchar bajo el suelo
sangre.

. . . . . .

Tú eres la madre entera con todo tu infinito,
madre." (O.C., 341-342)

En el marco conceptual de tierra, Miguel Hernández trasciende el de espacio e inmoviliza el de tiempo. La Tierra, para nuestro poeta, es el único trascendental, sinónimo de ser, amor y vida.

"La tierra es un amor dispuesto a ser un hoyo
dispuesto a ser un árbol, un volcán y una fuente." (O.C., 244)

Y en el poema 94 del *Cancionero,* sentencia;

"Después del amor, la tierra.
Después de la tierra, nadie. "

Dicha trascendentalidad adquiere, como en Gabriel Miró, el carácter de un universal animismo, energía o vida que espiritualiza la materia y materializa el espíritu, ya que "la vida es inmortal como la muerte", valiéndonos de sus propias palabras. (O.C., 938)

He aquí, la inclinación más instintiva, más poderosa de todo ser, incluido el humano. La Tierra es la unión de los opuestos, el seno universal, manantial de vida, Nada y Todo, en cuya entraña infinita y eterna se asienta la Realidad:

"Como después de vivos,
nos hacemos terrestres, vegetales
en esencia, en presencia y en potencia." (O.C., 99)

Partiendo del Alma, el poeta Miguel Hernández contempla la zona realísima de la Necesidad:

"Gran-Todo-de-la-nada-de-los-casis." (O.C., 156)

Si en la antropología orteguiana, el Alma habita en el *mí,* el Espíritu adviene como radical *yo*. "Mis impulsos –dice–, inclinaciones, amores, odios, deseos son míos, repito, pero no son yo. El yo asiste a ellos como espectador".

El Espíritu se manifiesta en la Voluntad, en el Pensar, en la Estimativa superior. El Espíritu es lo que hay de universal en cada individuo.

BOLETÍN AEPE Nº 9. Vicente RAMOS. La realidad en Gabriel Miró, Miguel Hernández y José Martínez Ruiz
Centro Virtual Cervantes

Vamos a ascender a la región "de las nieves perpétuas" de la personalidad. Y si, desde ésta, contemplamos la historia, advertiremos que el siglo XVIII es el que más cabalmente discurrió por esta cumbre de la espiritualidad. "Es la jornada —escribe Ortega— de la *raison* triunfante.

Cuanto decimos se compadece con el autorretrato que el gran prosista nos dejó en el capítulo XV de *Doña Inés,* encarnado en el personaje don Pablo: "El tiempo transcurre. Lo que más ama el caballero en su sosiego. Desea vivir hora por hora, minuto por minuto, en una serenidad inalterable. Huye las emociones; no es egoista. Da con largueza —y silenciosamente— al menesteroso. Ansía sólo, a cambio de esta generosidad suya, que nadie rompa su paz interior. No podría gozar de la Naturaleza, del silencio, de la luz, de las formas, de un crepúsculo, de un mediodía esplendoroso, sin esta perfecta adecuación del espíritu a las cosas."

Dos problemas fundamentales subyacen en este texto: anhelo de serenidad y esencial comunicación con la Naturaleza.

Azorín aspira al goce de la tranquilidad, a la ataraxia; pero esta tendencia del espíritu tropieza con las barreras y engaños que le oponen los dos enemigos: el Espacio y el Tiempo. Y por ello, escribió en el capítulo último de *Capricho:* "El gran misterio, queridos amigos, es el de la realidad que nos circunda y de que formamos parte. ¿Es representación nuestra esa realidad o tiene existencia efectiva? Al lado de este gran problema, todos los demás son episódicos. Ser o no ser: realidad o no realidad. Entre estos dos extremos oscilará siempre, en tanto el mundo exista, el pobre ser humano..."

Y así ha sido, es y será. Todo el pensamiento del hombre —desde Platón y aun antes— se ha movido en torno a esta cuestión. ¿Cuál es la realidad? El tema es tan filosófico como estético; pero el maestro, al decir de Livingstone (*Tema y forma en las novelas de Azorín.* Madrid. Gredos, 1970; pág. 84), lo contempló estéticamente: "...para Azorín, el conflicto entre las exigencias de la realidad y la aspiración mística de lo ultrarreal no es esencial ni primordialmente filosófica ni religiosa, sino pura y simplemente un problema estético."

Aunque también Granell abunda en la tesis (*Estética de Azorín.* Madrid. Biblioteca Nueva. 1949; pág. 150), nosotros estimamos que el problema, en Azorín, es totalizador.

José Martínez Ruíz poseía el pleno convencimiento no sólo del anhelo universal de fuga, sino de la existencia de otra realidad, de la auténtica realidad: "...encima de la realidad aparente y tangible, existe otra realidad más util, más verdadera, más eterna", escribió en el diario alicantino "La Voz de Levante" del 4 de mayo de 1930.

El existir humano avanza y se hace lenta, angustiosamente, entre antagonismos, pero Azorín ansió en todo momento la consecución de una síntesis, como declara en el capítulo XVII de *El libro de Levante*, añadiendo: "Yo doy por fondo del libro el problema del tiempo y del espacio; elevo el plano, y en ese plano cabe todo, todo: lo moral, lo estético y lo metafísico."

En este punto, juzgamos necesario decir que toda aspiración a una síntesis trascendental implica sobrepasar los límites espacio-temporales. De donde el camino azoriniano,

BOLETÍN AEPE Nº 9. Vicente RAMOS. La realidad en Gabriel Miró, Miguel Hernández y José Martínez Ruiz
Centro Virtual Cervantes

que, de lo real objetivo, se eleva a lo soñado, se nos ofrece como vía y meta del quehacer artístico y del propio artista. Hasta el punto es esto así que Azorín afirma en *Memorias inmemoriales* (cap. XX) que "no se llega a dominar la realidad circundante sino cuando nos hallamos desasidos de esa realidad. Y entonces es cuando el artista es artista."

Mas, este dominio conlleva el dolor de lo temporal, dolor de las cosas, sentimiento que nos arrastra hacia el insondable, oscuro mar de la Nada.

Aludimos —no es posible hacer más— a la transmutación del tiempo físico —incluso metafísico— al psicológico, a su conciencia, de la que nos habla en *Memorias inmemoriables* (Prólogo).

Y este consciente dinamismo íntimo de la temporalidad supone, además de un escapar, de un desasirse de lo fugitivo, medio para conseguir el conocimiento o el sentimiento del tiempo en su esencia, tiempo único, campo exclusivo de lo artístico, imagen de lo eterno. Leamos en el capítulo XVI de *Doña Inés:* "No se puede perdurar en la percepción de la hora, del momento y del segundo sin acabar por tener la visión del total del tiempo."

"Visión total del tiempo" es sinónimo de "presente continuado", es decir de eternidad.

Lo temporal, en consecuencia, se ha subjetivado plenamente, no al modo idealista, sino al estético-creador, paso a la realidad. "Lo esencial es lo que importa", afirma. Y esa esencialidad, eterna por sí, es el fundamento del regreso continuado de las formas, dicho cabal, perfectamente en *Castilla:* "Vivir —escribe el poeta— es ver pasar (...) Mejor diríamos vivir es ver volver. Es ver volver todo en un retorno perdurable, eterno."

En la cumbre ya de claridades estéticas, Azorín se complace viendo cumplidos todos sus ideales de hombre y de artista: sosiego en el ambiente, serenidad en el espíritu, inmutabilidad frente a lo pasajero, compenetración del Espíritu con la Naturaleza, pues, como en Miró y en Hernández también en José Martínez Ruiz materia es espíritu y espíritu es materia. Tal es la realidad.

Inteligencia —"motor del mundo" (cap. XXIII de *Memorias*)— o espíritu. Todo es Vida o Espíritu, "porque no hay nada —leemos en *Antonio Azorín*— ni aun lo más pequeño, ni aun lo que juzgamos más inútil, que no encarne una misteriosa floración de vida y tenga sus causas y concausas (...) La vida nace de la muerte; no hay nada estable en el Universo; las formas se engendran de las formas anteriores..."

Alicante, agosto de 1973.

BOLETÍN AEPE Nº 9. Vicente RAMOS. La realidad en Gabriel Miró, Miguel Hernández y José Martínez Ruiz
Centro Virtual Cervantes

Centro Virtual Cervantes